

«Talitá kum» Muchacha, a ti te digo: ¡levántate! (Mc 5, 41)

*Georgina Zubiría, rscj**



La vida religiosa femenina en el amanecer del siglo XXI

Una mirada rápida a la historia, particularmente a la historia de la vida religiosa (VR), nos impide caer en el riesgo de la ingenuidad y, también, en la desesperanza. Somos conscientes de que en el amanecer del siglo XXI nuestro mundo atraviesa por un impactante cambio de época. La vida religiosa, que quiere estar al servicio del evangelio en y desde el mundo, también está siendo acicateada por las transformaciones que vemos en los diversos ámbitos de la vida. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la VR no está ni en tiempos de estabilidad ni en época de esplendor¹: la realidad muchas veces nos habla de envejecimiento, deserciones y disminución. En ocasiones nos encontramos con torpezas, confusión y dolor. ¿No será acaso que, como en otros momentos de la historia, estamos en tiempo de crecimiento, purificación y cambio?

En algunas circunstancias se ha llegado a decir que la vida religiosa es un modo de vida obsoleto y prescindible; que los elementos que por siglos la han caracterizado han perdido vigencia y significado para las nuevas generaciones y que, incluso, hay religiosas y religiosos que con mayor o menor conciencia sobreviven en su opción en un estado de inanición, a la espera de la muerte. Es verdad que en ocasiones se percibe cierto desánimo escéptico que debilita el deseo de totalizar la vida en Dios y en su querer. Sabemos que la resignación, la

* Teóloga y religiosa del Sagrado Corazón de Jesús, México. Colabora en las siguientes publicaciones: Revista Diakonia (Nicaragua); Revista Christus y Mirada de (México).

¹ Simón Pedro Arnold no duda en afirmar que la crisis de la vida consagrada "es, ante todo, la crisis del profetismo". En *El renacer de la vida religiosa como experiencia profética*. Revista CLAR No. 231. Marzo-Abril 2003, p. 5.

pasividad o la indiferencia son buen caldo de cultivo de frustraciones y amarguras que alcanzamos a percibir en hermanas y hermanos que se sienten atrapados en un compromiso que han hecho para toda la vida.

Si bien es cierto que la VR pasa por dolorosas turbulencias; también es cierto que, como nos lo muestra la historia, la crisis transforma y genera vida nueva².

Las diferencias de género

Hoy sabemos que, a pesar de las fuertes presiones por homogeneizar la VR, siempre ha sido rica en su diversidad de expresiones, de estilos y de carismas. A partir del Vaticano II las diferencias no sólo se han visibilizado sino que cada vez más se acogen como manifestación de la riqueza de los dones del Espíritu³. No nos referimos solamente a la clásica diferenciación entre vida contemplativa y vida apostólica. A pesar de que en América Latina la VR tiene un marcado acento occidental, apreciamos con gratitud las diferencias propias de la inculturación y la inserción, de las tradiciones de cada instituto, de los carismas fundacionales, de los lugares de presencia y de la diversidad de miembros que congrega. Todos éstos son factores a considerar en la capacidad no sólo para sobrevivir al cambio sino también para participar con dinamismo y creatividad en el proceso de transformación.

Una diferencia que es imprescindible abordar es la que se deriva de la consideración del sexo y del género. A lo largo de los siglos la vida religiosa femenina (VRF) ha asumido formas masculinas que se le han impuesto en el proceso de institucionalización⁴. Un aspecto decisivo en favor del cambio es nuestra capacidad para pensar, estructurar y vivir nuestra opción desde la perspectiva de género y para superar cualquier

² Jesús Álvarez Gómez ha realizado una serie de estudios sobre la historia de la vida religiosa. Una buena síntesis se encuentra en *La vida religiosa ante los retos de la historia*. Madrid. Muy interesante el estudio que ofrece Raymond Hostie en *Vida y muerte de los órdenes religiosos. Estudio psicosociológico*. Víctor Codina y Noé Zevallos en su libro *Vida religiosa. Historia y teología*. Madrid, nos la ofrecen incluyendo la perspectiva latinoamericana.

³ Cf. Perfectae Caritatis (PC) No. 1; Vita Consecrata (VC) No. 1.

⁴ Me parece muy interesante el aporte de Mercedes Navarro recogido por la CIRM en la Memoria de la IV Semana de Vida Consagrada: *Reconstruir el rostro de la vida consagrada desde la perspectiva hombre/mujer*. México.

forma patriarcal presente tanto en la teoría, el fundamento o visión de la VR, cuanto en las prácticas cotidianas y concretas⁵.

Para colaborar consciente y libremente en el cambio, para gestar con responsabilidad y lucidez la novedad en 'fidelidad creativa'⁶, para ser sujetos constructores de la historia, incluida la historia de la VR, es necesario desenmascarar, nombrar y erradicar los pecados que encubren algunas estructuras que en otro tiempo dieron identidad a la VR, particularmente a la VRF.

En un intento por concentrar con densidad esos males encuentro que, al menos en la VRF, hablar de 'el miedo' es hablar de un mal que efectivamente nos paraliza; me parece que el miedo original es aquél que se desprende de la tensión que genera poner en práctica nuestro derecho a vivir el evangelio como personas adultas y en mayoría de edad.⁷ Este miedo ha tomado formas y estructuras en reglas y constituciones, edificios y obras, relaciones y alianzas que hoy, en el mejor de los casos, sofocan a las personas y amenazan al Espíritu creador.

Es triste, lamentable y doloroso que una práctica frecuente sea la de protegernos de quienes hoy prestan el servicio de autoridad al interior de nuestros institutos y al interior de la iglesia. Nuestra vocación madura, se paraliza o se frustra entre tensiones y conflictos con las superiores, los párrocos, los obispos que pueden silenciarnos, castigarnos o, incluso, excluarnos. "Vete con prudencia", "aguanta", "cállate". Hay una consigna velada para ser cómplices del miedo y así evitar el conflicto propio del profetismo⁸. ¿No será que aseguramos la paz a costa de vivir

⁵ También los hombres comienzan a aportar su reflexión sobre la forma de vivir la masculinidad desde la vida religiosa. Cf. Madera Vargas, I., *Nueva expresión de la masculinidad en la VR*. En revista CLAR No. 223, noviembre-diciembre 2001. Semproni E., *Vida religiosa masculina*. CLAR, No. 231, Marzo-abril 2003.

⁶ V. C., 37.

⁷ Si bien es cierto que esto deriva de una comprensión androcéntrica de lo humano, también es cierto que las mujeres hemos colaborado para perpetuarla a través de grandes instituciones como son la familia, la iglesia, la escuela, etc.

⁸ Nos referimos al profetismo de Jesús, de los profetas y profetisas del A.T. y de los hombres y mujeres que en seguimiento de Jesús han anunciado con su testimonio e incluso con el martirio, que el mal sigue teniendo poder sobre nuestra historia.

la radicalidad evangélica en un mundo globalizado y neoliberal que está generando tanta muerte prematura e injusta?⁹

Como la hija de Jairo, después de doce años de vivir muriendo, escuchamos a Jesús que nos dice: “Levántate”. Nos invita a no tener miedo de vivir como mujeres adultas, capaces de participar en las decisiones que nos afectan. Esta invitación de Jesús implica un cambio en nuestra mentalidad, en nuestros afectos y en nuestros comportamientos. Que el evangelio de Jesús sea la regla última de la VRF implica valentía, riesgo, pasión y capacidad para reconocer el error y vivir el conflicto¹⁰.

Tú, sígueme¹¹

Seguir a Jesús hoy nos exige recordar, en primer lugar, sus relaciones prioritarias, situadas entre su gente, en medio de su pueblo, en su propio contexto histórico. Su relación fundante, como sabemos, es la relación con Dios; Dios trascendente que se ofrece como principio y fin de la historia, como perseverante misericordia, como fuente de vida en plenitud y en comunión; Dios inmanente que como Espíritu y como impulso, habita su persona y le empuja a crear la comunión y a anticipar signos de la total plenitud en Dios. Dios encarnado en su condición plenamente humana; Jesús, al relacionarse consigo mismo fue descubriendo procesualmente y desde su realidad, el modo de ser transparencia de Dios en la historia.

Otra relación esencial que observamos en Jesús es la que mantuvo con su pueblo, particularmente con las mayorías marginadas, los

⁹ “La propia Iglesia católica, sobre todo en algunas de sus jerarquías y de sus movimientos, ha renunciado al anuncio y a la práctica de los valores evangélicos, y se ha instalado cómodamente en el sistema del que recibe pingües beneficios, y ha llevado a cabo una inversión de los valores hasta hacer irreconocible el mensaje y la praxis de Jesús de Nazaret. Ha sustituido la defensa de la ortopraxis por la ortodoxia, el Evangelio por los dogmas, la obediencia a la autoridad de las víctimas por la obediencia ciega a las autoridades religiosas, la adoración a Dios por la papolatría, la libertad por la sumisión, la fe crítica por la fe crédula, el seguimiento de Jesucristo por la aplicación rígida del Código de Derecho Canónico, el perdón y la misericordia por el anatema, la construcción del reino de Dios por la construcción de una Iglesia jerárquica...” Mensaje del XXIII Congreso de Teología: “Cambio de valores y cristianismo” (Madrid, 4-7 de septiembre de 2003). Eclesialia, 8 de septiembre de 2003. <http://www.ciberiglesia.net/eclesialia.htm>

¹⁰ “La norma última de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo tal como se propone en el Evangelio, ésta ha de tenerse por todos los institutos como regla suprema. P.C., 2

¹¹ Jn 21,22

empobrecidos, las personas enfermas y pecadoras, las mujeres, las niñas y los niños que entonces no contaban. Desde estas preferencias relacionales, Jesús dialogó con personas de otros grupos de su tiempo y, por defender la vida de quienes la tenían más amenazada, también tuvo relaciones conflictivas con las autoridades políticas y religiosas de su tiempo.

La relación de Jesús con su grupo de discípulos y discípulas para él fue muy importante; era necesario ayudarles a mirar el mundo desde los intereses y las preocupaciones de Dios, capacitarles para continuar su misión, para realizar signos de la presencia de Dios. Jesús, con su grupo, compartió el acontecimiento pascual.

Seguir a Jesús hoy nos obliga a reconocer sus poderes, sus capacidades concretas, sus propios recursos y su manera de ponerlos al servicio de la causa de Dios. Al contemplarle como iniciador y consumidor de la fe,¹² llama mucho nuestra atención su poder de transgresión, el poder que nace de su tremenda libertad para defender, a costa de lo que sea, los deseos de Dios. Como nos dicen los evangelios, Jesús violó las leyes del sábado, del ayuno, de la pureza... El mismo cuestionó estructuras fundamentales de su tiempo como la Ley y el Templo. También relativizó realidades muy valoradas por su cultura como la gran familia patriarcal ante la que propuso la comunidad de hermanas y hermanos que escuchan y ponen en práctica la palabra de Dios. Subordinó, bajo esta misma causa, la maternidad y descartó en su proyecto de vida el matrimonio y la reproducción tan apreciados en su tiempo.

Es sorprendente, también, su poder de atracción, su capacidad para seducir e impulsar a dejarlo todo para seguirle a él y para apropiarse de su causa. Jesús convoca a las multitudes de diversas regiones; llama a un grupo de hombres para que estén con él y para enviarles a predicar; atrae a un grupo de mujeres que desean permanecer con él y con su grupo para compartir el mismo proyecto de vida.

Finalmente, de entre los poderes de Jesús, es necesario destacar su enorme capacidad de inclusión. Jesús incorpora en su grupo a gente que entonces era despreciada y marginada. Come con publicanos y

¹² Heb 12,2

pecadores, incluye a las mujeres en su grupo; reintegra en la sociedad a quienes ella desecha. Jesús tiene una gran capacidad para crear la comunión que favorece la vida en plenitud.

Confesar a Jesús en nuestra cultura posmoderna nos lleva a celebrar los placeres de Jesús. Hoy es motivo de alegría reconocer cómo disfruta con el despliegue de su sensorialidad. Porque tiene capacidad de sentir y solidarizarse con el dolor ajeno, goza cuando ayuda a superarlo y, según el testimonio de los evangelios, muchas veces lo hace con el ejercicio de sus sentidos: toca a las mujeres, a los enfermos, a los pecadores, a quienes a otros les causan repugnancia; mira con ternura y confianza a los desacreditados de su tiempo; escucha a quienes se les ha negado la palabra; come y comparte la mesa con los excluidos; se deja tocar, mirar, escuchar por quienes le buscan, por quienes desean la vida.

Obviamente, Jesús goza intensamente y confiesa en público su alegría por las preferencias de Dios y porque estas preferencias son comprendidas precisamente por la gente sencilla, por los pequeños, por los y las destinatarias primeras de la Buena Nueva de Dios.

Jesús también disfruta con los gozos de su gente, de su pueblo, de sus amigas y amigos. Participa en sus fiestas, en sus bodas, en sus banquetes. Come con ellos, comparte el vino de la alegría y les ama hasta el extremo de gastar su vida toda en favor de la Vida que ama Dios.

Las consecuencias las sabemos. Sus gestos, sus palabras, sus actitudes profundamente humanas molestaron a las autoridades políticas y religiosas de su tiempo. Por eso lo mataron en la cruz. Pero Dios, al resucitarlo, lo confirmó en sus relaciones prioritarias, en sus poderes para la vida, en su placeres junto, con y en favor de quienes la sociedad podía prescindir.

Por lo tanto, si ahora queremos colaborar en la transformación de nuestro mundo, de la iglesia y de la vida religiosa en seguimiento de Jesús, es necesario considerar las oportunidades que se nos ofrecen desde lo sencillo y lo cotidiano. Para 'levantarnos', como lo hizo la hija de Jairo, es preciso que las mujeres religiosas comencemos por cuestionar y transformar los estereotipos femeninos que, desde nuestra cultura patriarcal, hemos aprendido como éticamente buenos: la

sumisión y el silencio, la ignorancia y la dependencia, el sentimentalismo y la resignación, la pasividad y la obediencia ciega, la negación de nuestra sensorialidad y la represión de nuestra sexualidad, el rechazo del placer y la negación de nuestro cuerpo.

Para colaborar activamente en el renacer de la VR y en la recuperación de nuestra identidad, para participar con lucidez en la creación de nuevas realidades y de relaciones nuevas, es necesario que nos preguntemos: ¿Qué significa hoy ser una buena religiosa? ¿Cuál es la ética que proclama el evangelio?

Aportes de la conciencia de género a la vida religiosa femenina

Consciente de que son muchos y diversos los factores que influyen en la transición, quiero subrayar la importancia que la revolución sexual, el feminismo y los estudios de género están teniendo sobre la VRF.

Todavía hace tres décadas, incluso después del Vaticano II, muchas mujeres se veían obligadas a elegir entre la maternidad física dentro del matrimonio y la maternidad espiritual desde la vida religiosa. La influencia de la ideología patriarcal sobre el determinismo biológico era dominante a pesar de algunas pequeñas fisuras que permitían visualizar otras alternativas de realización para las mujeres. Ahora, en los comienzos del siglo XXI, no sólo se aprueba socialmente una amplia gama de posibilidades profesionales, sociales y familiares para las mujeres sino que se considera factible la elección desde las preferencias sexuales entre las cuales el celibato no es, precisamente, de las más cotizadas. En este contexto las vocaciones femeninas se han reducido de manera considerable. Este dato, entre otros, viene a confirmar que en ocasiones las mujeres elegían la vida religiosa para interrumpir la cadena de dominaciones que se vivían al interior de la familia patriarcal¹³.

También vemos que desde la experiencia personal, el ministerio pastoral y el compromiso con diversas ONG, muchas religiosas latinoamericanas nos hemos acercado al dolor generado en razón de nuestro sexo y hemos apreciado los estudios de género¹⁴. Así es como,

¹³ McNamara, J. A. K., *Hermanas en armas*. Barcelona.

¹⁴ Hemando, J. S., *El carisma de ser mujer. De una historia de opresión a una realidad liberadora*. Madrid. Pp. 63 ss.

junto con otras mujeres, las religiosas nos aventuramos a reconocer las estructuras patriarcales presentes en nuestras historias familiares, congregacionales y eclesiales, y nos apoyamos en el trabajo por transformar formas machistas de relación que, a lo largo de los siglos y a lo ancho de los continentes, siguen generando muerte.

A pesar de que decimos esto en unos cuantos renglones, el impacto que la conciencia de género ejerce sobre la VRF es enorme. La conciencia, como sabemos, tiene un valor muy grande pues hace posible que nos realicemos como sujetos de la historia –individual y colectiva- en libertad y con lucidez. En este marco, la conciencia de género aporta datos que, además de acrisolar nuestras motivaciones vocacionales, fortalecen nuestro derecho a ser tratadas con dignidad y en condiciones de igualdad¹⁵.

En el camino recorrido con hermanas de diversas congregaciones se constata, con profundo dolor, que algunas de las vocaciones femeninas que surgen en culturas patriarcales y machistas llevan, en ocasiones, la marca del abuso sexual. En las motivaciones de algunas hermanas se encuentra muy hondamente escondida una herida generada con violencia. Es verdad que Dios permite el nacimiento de grandes manantiales a través de esas heridas¹⁶ y también es verdad que, desde aquí, la conciencia de género encuentra fundamentos sólidos y amplias resonancias con el evangelio. Si en ocasiones los motivos para optar por la vida religiosa nacieron mezclados de temor y de dolor, ahora no sólo se clarifican y atienden sino que se confrontan y confirman para trabajar en favor de la vida y para romper el silencio cómplice ante abusos injustos. Damos testimonio de que el dolor y la indignación se pueden transformar en energía creadora para defender la vida y la dignidad desde la vida religiosa institucionalizada y, también, desde la vida religiosa vivida más allá de las congregaciones religiosas¹⁷.

¹⁵ "Ciertamente no es posible desconocer lo fundado de muchas de las reivindicaciones que se refieren a la posición de la mujer en los diversos ámbitos sociales y eclesiales..." "Por ello es legítimo que la mujer consagrada aspire a ver reconocida más claramente su identidad, su capacidad, su misión y su responsabilidad, tanto en la conciencia eclesial como en la vida cotidiana." V.C., 57.

¹⁶ Cf. Jn 19,34 pues de la misma manera, del costado de Jesús abierto con una lanza surge un manantial inagotable de vida.

¹⁷ Hay muchas hermanas que, sin pertenecer a una orden religiosa, confiesan su fe en Jesús y gastan su vida dando testimonio del evangelio. Creemos que también ellas, de otra manera, han hecho una opción por vivir como laicas religiosas.

Ya decíamos en párrafos anteriores que el abanico de oportunidades de profesionalización para las mujeres se ha ensanchado; incluso, al seguir las recomendaciones del Vaticano II¹⁸, las religiosas comenzamos a conquistar espacios de formación profesional y teológica. Simultáneamente constatamos que con la flexibilización de la censura social sobre la soltería femenina la elección del estado de vida es más tardía. Por eso al optar por la vida religiosa muchas mujeres ingresan a nuestras congregaciones con la experiencia de autonomía financiera. Saben que no necesitan hacer méritos para tener derecho a comer del dinero del papá o del esposo, no necesitan depender del compañero o de la ecónoma para cubrir sus gastos, no necesitan autorización para gastar algunos pesos en el transporte colectivo o en la compra de un helado.

La experiencia profesional y la autonomía financiera, a la vez que replantean nuestra concepción del trabajo gratuito y del derecho a una vida digna, propia de las personas adultas, cuestionan la tradicional comprensión que se tenía de las religiosas como 'mano de obra barata' o como servidoras de los sacerdotes. Ciertamente todavía hay personas y generaciones enteras con una mentalidad más bien conservadora pero, con el tiempo, irán desapareciendo así como van surgiendo formas nuevas tanto del trabajo compartido en justicia y dignidad, como de la participación corresponsable en la economía comunitaria. Encontramos algunas hermanas que viven como deber religioso el mantenerse al servicio de los hombres en los trabajos domésticos o secretariales, - sobre todo si se trata de presbíteros-, sin percibir un salario, sin posibilidades de desplegar otras potencialidades y sin alcanzar un reconocimiento público de su colaboración. Sin embargo, también celebramos que existan equipos de trabajo conformados por religiosas y religiosos que comparten en igualdad la responsabilidad sobre el trabajo común, que conjuntamente generan pensamiento y se comprometen en acciones solidarias y que distribuyen equitativamente los ingresos para colaborar en el autofinanciamiento de sus respectivas comunidades.

Íntimamente vinculada a la experiencia de autonomía financiera está la práctica de la libertad. Al no depender económicamente de otras

¹⁸ P.C., 18.

personas, muchas mujeres han descubierto su poder para decidir el rumbo de la propia vida y asumir las consecuencias de su opción. Antes las mujeres éramos conocidas y adquiríamos identidad por nuestra pertenencia a un hombre: 'es hija de..., hermana de... esposa de...' Al ejercer nuestra capacidad para autoposeernos, sabemos que tenemos el derecho y el deber de decir nuestra palabra en cualquier decisión que nos afecte. Además, desde la fe, confesamos que el Espíritu nos habita y que también a nosotras dirige su palabra creadora. Con esto, las religiosas estamos cuestionando la idea que se nos había introyectado de que Dios se comunica en línea vertical y directa con la superiora –si no es que con el capellán o el padre protector- y nos estamos ejercitando en la participación, el diálogo e, incluso, la disensión.

Al coincidir la creciente autonomía de las mujeres con la disminución de los capellanes, las religiosas estamos recuperando el poder que inconscientemente habíamos entregado sobre nuestras conciencias y con ellas, de manera especial, el poder que les habíamos dado sobre nuestros cuerpos y nuestra sexualidad. Si bien es cierto que en los intentos de muchas religiosas por recuperar nuestros cuerpos ha habido confusión, desconcierto y frustración, también es cierto que vamos siendo más dueñas de nuestras acciones y más conscientes de la vinculación e interdependencia entre todo lo que existe. Esto, a la vez que profundiza el conocimiento y la valoración personal, fortalece la creación de relaciones de amistad profunda con personas de ambos sexos y nos impulsa a trabajar en favor de la vida y de la integridad de todo lo creado.

Poco a poco vamos creyendo de verdad que tenemos derecho a decidir lo que queremos hablar y lo que queremos callar, que nuestra conciencia es como 'un sagrario' que nadie puede violar¹⁹ y que la confesión de nuestros pecados requiere un clima comunitario de perdón y de diálogo profundo que, por diversos motivos, rara vez se encuentra en los confesionarios. Al mismo tiempo, se ensancha la solidaridad entre mujeres, se profundiza la sororidad y se practica comunitariamente el ministerio de la compasión, el perdón y la fiesta.

La vida misma va empujando la historia –y dentro de ella a la iglesia y a la vida religiosa- hacia una organización más comunitaria y

¹⁹ GS No. 16 y 17

menos jerarquizada, hacia un trato justo y equitativo que deslegitima privilegios reclamados en razón de un servicio vivido como poder sobre las demás personas. La experiencia nos enseña que la autoridad se reconoce, se agradece y se celebra cuando se procede con coherencia evangélica.

Las nuevas relaciones con nosotras mismas, entre nosotras, con los compañeros, con la iglesia, con la historia y con la creación posibilitan el cambio de nuestras imágenes de Dios. De un dios castigador, autoritario y lejano a un Dios cercano, compañero misericordioso. De un dios masculino, justiciero y prepotente a un Dios que rebasa los reduccionismos andromórficos y que ofrece su rostro compasivo, su cuerpo traspasado, su vida identificada entrañable y radicalmente con quienes sufren desprecio y marginación en razón de su sexo, su raza, su condición social, su cultura o su religión. Creemos que así, poco a poco, podemos confesar con la vida al Dios en quien Jesús creyó.

El aporte teológico de un número creciente de mujeres es ya importante, a pesar de tantos siglos de silencio y marginación. Ahí encontramos los fundamentos teológicos de la VRF, ahí encontramos nuestra propia experiencia de Dios hecha pensamiento, ahí encontramos la sistematización de la reflexión que muchas mujeres vamos haciendo de nuestra vida como religiosas laicas y como laicas religiosas²⁰.

La conciencia que tenemos sobre el derecho a reconocer nuestra propia experiencia de Dios y a decir nuestra palabra teológica nos ha llevado a confesar su realidad femenina. Con gozo confesamos que Dios es mucho más que un varón y que, por lo tanto, también podemos hablar de Ella como fuente de vida íntimamente vinculada a la tierra. Con gratitud reverente podemos dirigirnos a Dios como madre, como amiga, como amante²¹. Con certeza comprometida podemos proclamar que con Jesús se inició el discipulado de iguales en el que, tanto los hombres como las mujeres, recibimos la gracia de la vocación a la vida y el compromiso de trabajar por defenderla, cuidarla y alimentarla²².

²⁰ Se pueden consultar, entre otros, *El rostro oculto del mal*, Ivonne Gebara, Trotta; *Así vemos a Dios*, Isabel Gómez Acebo (Ed.) DDB; *She who is*, E. Johnson; *The image of God*, Kari Elisabeth Borresen (Ed.).

²¹ Cf. *Modelos de Dios*, Sallie McFague, Sal Terrae.

²² Hay abundante bibliografía sobre el tema: *La mujer en la Iglesia primitiva*, de Esperanza Bautista, V.D.; *Jesús y las mujeres*, de Maricarmen Bracamontes, Schola; *Las discípulas de Jesús*, Ana María Tepedino, Narcea; *También las mujeres seguían a Jesús*, Suzanne Tunc, Sal Térrea.

Ministerios en perspectiva de género

La interacción que se da entre los cambios que experimentamos en la comprensión y vivencia de la VRF, en nuestras imágenes de Dios y en nuestra práctica pastoral modifican, de manera sustancial, nuestra espiritualidad, los ministerios que de ella se derivan y las liturgias en las que celebramos pública y comunitariamente nuestra fe²³.

Al recuperar nuestra identidad de mujeres y al crecer en conciencia de género, las religiosas integramos en nuestra espiritualidad tanto la comunión fuerte y libre con la trascendencia como la realidad de nuestro mundo que clama a Dios. Percibimos, simultáneamente, que esta espiritualidad genera una transformación interior que se nota en nuestros cuerpos –individuales, corporativos, sociales y cósmicos– y que se explicita en comportamientos éticos que promueven, alimentan y defienden la vida, sobre todo cuando se encuentra amenazada.

Creemos, además, que debemos desechar la idea de que los hombres son “el sexo opuesto” ya que así hemos perpetuado relaciones de oposición, inequidad e injusticia. Así como nosotras estamos

²³ Las mujeres reunidas en el II Sínodo Europeo comparten sus resoluciones en torno a la espiritualidad: “Las aquí presentes consideramos que la espiritualidad es central en nuestras vidas, una espiritualidad diversa en su origen y expresión y conectada con nuestra forma de experimentar la vida como mujeres. Nos comprometemos a:

- ⇒ Explorar y compartir en red intereses y necesidades espirituales.
- ⇒ Acompañarnos y apoyarnos mutuamente en el desarrollo de la autoconciencia y la reflexión.
- ⇒ Animar a las mujeres de las religiones tradicionales a utilizar aquello que les sea útil y a abandonar cuanto les resulte opresivo. Pensar por nosotras mismas con conciencia crítica y desafiar cualquier tendencia de fundamentalismo religioso.
- ⇒ Denunciar todas las formas de abuso y, particularmente, los abusos sexuales en nuestras comunidades de fe, y a pedir apoyo y compensación para las afectadas.
- ⇒ Celebrar y vivir nuestra espiritualidad en comunidades inclusivas y abiertas.
- ⇒ Exigir a las religiones/iglesias:
 - ❑ Formas alternativas de culto
 - ❑ La utilización de un lenguaje inclusivo, también para la divinidad
 - ❑ Que acepten y acojan en vez de culpar y condenar
 - ❑ Que permitan acceder a las mujeres a todos los ministerios.

En: *Resoluciones Finales del II Sínodo Europeo de Mujeres*. Barcelona del 5 al 10 de agosto de 2003. Eclesalia, 5 de septiembre de 2003. <http://www.ciberiglesia.net/eclesalia.htm>

llamadas a potenciar dimensiones humanas que se han estereotipado como 'masculinas', ellos también están llamados a desplegar la dimensión femenina que les habita.

***Desde estas convicciones hoy confesamos que:*²⁴**

Porque Dios libremente nos creó a su imagen²⁵ y decidió derramarse como amor para habitarlos,²⁶ estamos llamadas al ministerio de la bondad, la belleza y la santidad. Sabemos que nuestro ser y nuestro quehacer, si así lo elegimos, puede ser expresión corporal de la dimensión femenina de Dios creador y amante de la vida; puede reconocer, dejarse atraer y vincularse solidariamente con toda realidad que exprese, simbolice y represente a Dios en nuestra historia; puede acoger y asumir los deseos, los dolores y las preferencias de Dios.

Porque fuimos construidas por la mano de Dios desde lo más profundo de lo humano²⁷ y desde lo más fecundo de la tierra,²⁸ estamos llamadas al ministerio de la comunión, la solidaridad y la armonía para subsanar la solitariedad alienante y el individualismo egoísta con el diálogo y la valoración de la riqueza de lo diferente. Nuestro cuerpo y nuestro espíritu pueden sentir, gozar y sufrir con los gozos y los dolores de la humanidad, de la iglesia, de la historia, del universo; apasionarse y consagrarse de manera totalizante a la defensa de la vida, a la solidaridad con lo humano, a la armonía con la creación; incorporarse e incorporar todas, todos, todo en la comunión con Dios.

Por el lenguaje receptivo de nuestro cuerpo estamos llamadas a vivir el ministerio de la interioridad, la apertura, el discernimiento y la verdad. Nuestro cuerpo entero puede dialogar con el Espíritu de Dios que nos habita, nos fecunda y nos recrea permanentemente; escuchar, acoger y discernir los clamores de la creación en sus trabajos de parto,²⁹ desear, proyectar y proponer actos creadores de plenitud de vida en

²⁴ Este apartado está inspirado en la reflexión que ofrece Ma. Teresa Porcile en *La mujer, espacio de salvación*, Montevideo, p. 286.

²⁵ Gn 1,27

²⁶ Rom 5,5

²⁷ Gn 2,22

²⁸ Gn 2,7

²⁹ Rom 8,22

comunión;³⁰ recibir, reconciliar y amar con ternura los intentos de la humanidad que anhela un cielo nuevo y una nueva tierra en la que vivamos relaciones equitativas, dignas y libres.

Porque en el interior de nuestro cuerpo guardamos una semilla de vida, las mujeres y los hombres podemos vivir el ministerio de la alteridad, la transformación y la transfiguración. La espiritualidad de nuestro cuerpo nos permite reconocer, alabar y celebrar la experiencia de la alteridad y la convivencia con la divinidad dejándole permanecer misterio irreductible en su entrañable cercanía; transformar cada gesto, cada palabra, cada hecho, en germen de vida y esperanza; transfigurar los dolores de nuestra historia en tiempos de dar a luz vida nueva, relaciones hermanadas y realidades solidarias; convertir nuestra pasión en compasión por cualquier vida amenazada.

Porque en nuestro cuerpo está inscrita la dimensión eucarística de la existencia,³¹ podemos vivir el ministerio de la entrega, la gratuidad y la fiesta. La espiritualidad de nuestros cuerpos nos permite alimentar, cuidar y defender la vida con afecto, calidez y entrega gratuita; optar por gastar nuestra vida en favor de la vida, a la manera de Jesús; celebrar, cantar y compartir la alegría de Dios en cualquier signo de vida resucitada.³²

Porque nuestro cuerpo está hecho para conservar y dejar crecer en nuestro "centro" la vida, nuestro ministerio será el de la memoria del corazón. Nuestra memoria afectiva, sensual y sensorial nos permite hacer de nuestros sentidos las puertas que vinculan la historia con el corazón de Dios; orientar nuestros placeres y nuestros poderes en la dirección de los amores y las preocupaciones que Dios, en Jesús, ha mostrado en la historia.

Por toda la estructura de nuestro ser como espacio de acogida, comunión y comunicación de vida, las mujeres podemos vivir el ministerio de la transparencia de Dios Trinidad que se abre y se derrama sobre el

³⁰ Jn 20,18

³¹ Jn 16, 21ss.

³² Zubiría, G., *Dimensión Eucarística de la vida desde la espiritualidad de las mujeres*. En Rev. De Espiritualidad, No. 13, Diciembre 2001-Febrero 2002.

mundo. Por la espiritualidad que posibilita la estructura de nuestro ser, podemos reconocer que Dios Trinidad escucha con indignación apasionada el llanto de los inocentes; agradecer su decisión de transformar la historia con la colaboración de mujeres y hombres de fe; confesar y proclamar que, en Jesús, Ella nos muestra el camino hacia la comunión de vida en plenitud.

Por la convergencia de nuestro ser y quehacer con la Sabiduría, las mujeres tenemos un ministerio sapiencial, lúdico y pedagógico. Por nuestra espiritualidad sapiencial las mujeres podemos convocar, preparar, compartir y participar en el banquete del mundo, con una “mesa abierta en la que se comparten el pan y la palabra y en la que Dios mismo enjuga las lágrimas que surgieron de tanta opresión, injusticia, violencia y división”,³³ por nuestra experiencia sapiencial, podemos gozar con los gozos de Dios que se recrea con los gozos de la humanidad y con la risa alegre de la creación; orientar, acompañar y explorar las posibilidades de lo humano para colaborar con Dios en la administración de su casa cósmica; contemplar, disfrutar y descansar en todo signo amoroso y entrañable de Dios.

Por nuestra familiaridad con la Ruah divina, podemos vivir el ministerio de la profecía. Como amantes apasionadas de Dios, las mujeres podemos denunciar las violaciones de su proyecto, clamar por los ultrajes a sus deseos y los rechazos a su amor; consolar al mundo herido y anunciar su amor, cantar sus preferencias y celebrar sus victorias.

*¡Levántate y come que el camino es largo!*³⁴

Los caminos recorridos, las experiencias vividas, las personas amadas, los estudios realizados han ido arraigando en nosotras profundas convicciones.

Por un lado, la certeza agradecida que nace de la relectura creyente de la historia y que nos lleva a confesar que Dios escucha el clamor humano, mira el sufrimiento, se conmueve ante el dolor y actúa para transformarlo. Por otro lado, la constatación dolorosa de que la VRF está clamando a Dios por la marginación y opresión de que ha sido

³³ SSCJ. Capítulo General 1994.

³⁴ 1 Re 19, 7

objeto, por sus rezagos ancestrales, por los obstáculos para su formación, su crecimiento y su participación, por la histórica discriminación que ha sufrido en razón de su sexo. Por tanto, Dios también escucha el clamor de la VRF, enjuga sus lágrimas y actúa para transformarla.



Tenemos, además, la convicción que nace de la relectura histórica de la VR. Se trata de la confiada certeza de que la VR es creación del Espíritu quien, a la vez que trasciende lo humano, lo incorpora en su proyecto y lo plenifica. Muchas mujeres religiosas laicas, y laicas religiosas, experimentamos la irrupción del Espíritu que hace las cosas nuevas. Hay muchas búsquedas e intentos.

Hay VR con diversas expresiones y modalidades. Tal vez algunas de ellas, como la semilla, tienen que morir para que nazca la vida nueva. Tal vez, otras, sufrirán con gozo y esperanza las transformaciones necesarias para su refundación.

Finalmente, la íntima seguridad de que Dios, para actuar, ha querido contar con lo humano. Y por eso genera en nosotras insatisfacción, inconformidad, deseos de vivir con radicalidad el evangelio y una gran necesidad de Dios-con-nosotras. Creemos, confesamos y celebramos nuestro derecho a nombrar a Dios desde la experiencia que su presencia nos regala y nuestro deber de hacer de la VR un cauce humano de su querer. El mundo, nuestro mundo, está profundamente herido por la injusticia y la división; la realidad de pobreza generalizada y de riqueza acumulada por unas cuantas personas, es escandalosa. ¡Clama a Dios! así que tenemos la certeza agradecida de que la VR sigue siendo uno de los cauces humanos con los que Dios cuenta y a través del cual Dios actúa para empujar la historia a la comunión de vida en plenitud.

[Artículo original facilitado por la autora; y publicado en: Zubiría, Georgina (2004). «Talitá kum» Muchacha, a ti te digo: ¡levántate! (Mc 5,41). Revista Christus, México, vol. LXIX (enero-febrero, N° 740), pp. 27-35]